

Atar de ser

Encomio del corto aliento

Guillermo Vega Zaragoza

Hay una sola cosa que no me gusta del libro *Atar de ser* de Mónica Sánchez Escuer: la nota de la contraportada. En rigor, se trata de la primera línea: “Integrado por poemas *de corto aliento*...”. ¿Desde cuándo el “aliento” es una categoría poética? Quizá lo que quiso decir el anónimo redactor fue “poemas breves”. Pero igual: ¿cuándo se decide que un poema es breve o largo? ¿Es breve un poema de una página, de media página, de un cuarto de página? ¿Cuando es un dístico o un monóstico? ¿Es lo mismo brevedad que “corto aliento”? ¿Alguien se atrevería a decir, por ejemplo, que un haiku es “de corto aliento”? Lo que sí sé es que para escribir un haiku perfecto (si es que eso es posible) pueden pasar semanas, meses o años. ¿Ese esfuerzo es “de corto aliento”? Mientras leía los poemas de Sánchez Escuer, pensaba en las obras de Erik Satie, a quien durante mucho tiempo le escamotearon el reconocimiento como el gran compositor que es, porque no aspiraba al gigantismo ni la grandilocuencia de Wagner —al que siempre criticó— sino prefería escribir pequeñas joyas para piano. ¿Alguien, en su sano juicio, se atrevería a decir que las extraordinarias *Gymnopédies* son “de corto aliento” en comparación con el pantagruélico ciclo de *El anillo del Nibelungo*? Son, simplemente, obras que expresan cosas diferentes.

En la actualidad se tiende a pensar que lo “grande” es sinónimo de “mejor”, que lo inmenso tiene más mérito que lo breve. Esto no es, ni por asomo, de manera alguna cierto en el ámbito poético. El primer valor que debe prevalecer en la poesía es el de la expresividad. ¿El poema logra expresar algo? ¿Es eficaz en su expresión, independientemente de su longitud? Poetas hay que necesitan mil, dos mil o tres mil versos, para

expresar lo que otros logran con mayor belleza y eficacia en unas cuantas estrofas. A veces se olvida que el arte, y sobre todo la poesía, no es una carrera de caballos; a ver quién llega primero a la meta. Ni siquiera es un maratón. Podría decir que la creación poética encarna la paradoja de Zenón de Elea, aquella de Aquiles y la tortuga. El poeta avanza más lento, como la tortuga, pero siempre está un poco más adelante, y por lo tanto llega antes, aunque sea por una milésima de segundo.

Esto de necesitar muchas o pocas páginas para expresar las cosas, tiene que ver sobre todo con el temperamento de cada poeta. Para decirlo científicamente, simplemente así les salen los poemas. No es un asunto de decisión, de orden volitivo, sino de necesidad. Por más que uno quiera, no más no le salen a uno los poemas largos. En lo personal, cada vez que he querido emprender un poema largo, digamos, de más de dos o tres páginas, simplemente me quedo sin palabras. Siento que ya dije lo que tenía que decir. Y no solo eso, sino que además me pongo a recortarlo, hasta dejarlo podadito, como un bonsái. Así me gustan los poemas, como bonsáis. ¿Eso hace a un poeta “de corto aliento”, como define alguien en la contraportada de su libro a Mónica Sánchez Escuer?

Al leer *Atar de ser*, por fortuna fueron otras las cualidades que descubrí en la poesía de Sánchez Escuer. Se trata de una obra cuidadosamente armada. En principio, a la autora le fascina jugar con las palabras. Eso se revela desde el título mismo: *Atar de ser*. Hermoso calambur que ella extiende a las cuatro secciones del libro: “Atar”, “Tarde”, “Arde” y “Ser”. Curiosamente, nunca aparece abiertamente la palabra que da origen a todo esto: “Atardecer”. Quizá

porque en este libro siempre está atardeciendo, todo está a punto de oscurecer, de irse, de colapsarse, de naufragar, a punto de no ser o de dejar de ser.

Curiosamente, en la advertencia que inicia el libro —que en sí misma es otro poema—, la autora señala que “estos poemas nacieron en un desierto, bajo los restos rojos del sol que huye y una duna de cráneos hechos polvo”. Quizá por ello en muchos poemas también hay una dominante presencia del agua, de los motivos acuáticos, en contraposición con el sol, con el fuego. Ya sabemos, gracias a Gaston Bachelard, de la existencia de *la ley de los cuatro elementos* de la imaginación material: fuego, aire, agua y tierra. Dependiendo de cuál domine en un poema o en la obra toda de un poeta, podemos caracterizarlo e identificar aspectos comunes que nos ayudan a comprenderlo. Sin embargo, la obra gana en expresividad profunda si la presencia de los cuatro elementos se encuentra equilibrada; es decir, si no está cargada hacia un solo elemento, sino que los combina con eficacia. Esta presencia de los cuatro elementos en la imaginación poética tiende a ser inconsciente —o mejor dicho, intuitiva— la mayoría de las veces, aunque aquellos poetas que lo descubren y lo hacen con plena conciencia e intención siempre estarán un paso adelante de sus colegas.

Analicemos el poema “Ocaso”:

el sol
entre las sábanas
parte mi vértice nocturno

oculta estrellas
luciérnagas de piedra

me enterra
el día
en el vertical horizonte
de mi océano sin barco

Recordemos que los elementos se oponen entre sí. Así, el fuego se opone a la tierra (el sol y las sábanas; estrellas y luciérnagas a la piedra), y la tierra al agua (la última estrofa no requiere mayor explicación). El elemento dominante es el que cierra el poema, con la extraordinaria imagen del “océano sin barco”.

El agua es un elemento poético que puede adquirir múltiples significados, a veces totalmente opuestos. Lo mismo puede simbolizar la vida que la muerte, lo delicado y lo violento, la pureza que la corrupción. Llama la atención que en varias ocasiones, en consonancia con el elemento acuático, en algunos poemas de Mónica Sánchez Escuer aparezca la figura de la copa, del vaso, del recipiente, como metáfora de la sed, y por extensión, de la soledad, del hastío, y de

la necesidad de cercanía. Como en “Llena de mí”:

vomito voces
acumulados incendios
en la lengua

estrangulo el corazón entre las sienes

escupo uñas
costillas de adanes ahuyentados

vacío
las bolsas agotadas
de mis ojos

suelto mares
lodo

arranco las raíces negras de mi boca

vacía
tomo la forma del vaso que me ahoga

Además de la expresividad, el otro asunto importante a considerar en la poesía es la voz. ¿Se distingue de las demás voces poéticas? ¿Cuáles son sus alcances? ¿Cuáles sus resonancias? La voz poética de esta autora es perfectamente definida. Poco tiene que ver con el “corto aliento”. Es una voz profunda, despojada de florituras y adornos innecesarios, hasta cierto punto seca (quizá, por ello, su insaciable sed), pero no por ello menos expresiva. Pienso en ella como una consumada clavadista: no se puede estar demasiado tiempo en las profundidades, hay que lanzarse desde lo alto y sumergirse hasta lo más profundo y después salir rápidamente para dar testimonio de la experiencia. Nadie con “corto aliento” puede hacer eso que Mónica Sánchez Escuer hace tan bien en este *Atar de ser*. **U**

Mónica Sánchez Escuer, *Atar de ser*, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2012, 87 pp.

